

CUNA COMUN

Por ROGELIO SINAN

“—Cierra la puerta **Ulalia**; que no te vean los clientes acunándolo. Bien sabes que ellos no deben enterarse. Te prefieren porque aun pareces una niña. Cuando termines, vuelve al bar”.

Sin embargo....

Más a gusto se siente allí con su hijo; por eso se entretiene meciendo la cunita aun convencida de que, tras un ruidoso y torrencial río de lágrimas, ahora el niño reposa en un remanso de sueños respunteado por burbujitas de hipo.

A la patrona no le hacían mucha gracia los frecuentes lloriqueos del chiquillo. Esos berrinches no estaban muy de acuerdo con el prestigio de la casa.

La culpa de que el **chichi** llorara la tenían las muchachas. Remordidas acaso por frustrados anhelos maternos, peleábanse los turnos por el simple prurito de besuquearlo y arrullarlo, de manera que todo el santo día se lo pasaban zangajoteándolo. Con tanto mimo, claro, lo tenían consentido. Lo grave del asunto sucedía por las noches, pues atareadas como estaban y no dándose a basto para atender a la clientela, tenía que ser **Ulalia** quien soportase las marrumancias del **mocoso**. Ni para qué decir que solamente con ella se calmaba sin duda por aquello de que cada temero conoce la ubre de su **mama**.

Desde allí se distrae viendo el ir y venir de los que suben con los clientes de turno; también oye la música del cabaret de enfrente, a cuyo ritmo vuelve a afligirsele la entraña, ya que le trae recuerdos de aquel primer amor, “fruta temprano desprendida a destiempo de la rama” —como él decía—.

De ese fruto le quedó la semilla cuyo retoño, dormido ahora en la cuna, crecerá como un árbol se hará hombre y tendrá que pelear cuando los otros intenten denigrarlo llamándolo hijo de tal por cual. Menos mal

que es rollizo, grande y sano. Viéndolo tan enorme, al nacer, las otras se hacían cruces y no querían creerlo. De lo robusto que era casi estuvo en peligro al darlo a luz. Culpa de ellas, pues se excedieron al nutrirla. Sí, señor. La cebaron **talmente** como lo hizo su **tata**, allá en el campo, con la chanchita que le mercó a **Ño Hilario**. Con todo y eso, mucho ha de agradecerles sus bondades, pero más que a ninguna a la patrona por el **merecimiento** de recogerla caritativamente en una casa de tan reconocido prestigio como la suya.

Lo cual fue una gran suerte, según dice **La Fula**, pues así encinta como estaba, inútilmente hubiera insistido en colocarse. Las familias pudientes no la habrían aceptado. **La Fula**, que es leída, se la pasa ensartando jeringonzas. Por ahí anda diciendo que es la patrona quien debe agradecer puesto que **Ulalia** le resultó más útil que la gallina que ponía huevos de oro. (De las tres que tenían allá en el campo ninguna hubo jamás tan ponedora como aquella **carata** que se volvía una furia cuando andaba **culeca** o con sus pollos. Por eso la mató el gavilán. Era destino). También dice **La Fula** que fue el destino quien dispuso que su **chichí** naciese en una cuna común (contrapartida de la fosa común y como ésta privilegio de pobres) lo cual es lo de menos, pues no hay bicho viviente que no nazca con su estrella de Pascua ya lo haga en cuna de oro o en un pesebre. La prueba de ello es que aun la misma Virgen tuvo al Hijo de Dios sobre pajas entre un buey y un asno.

Mejor hubiera sido —piensa **Ulalia**— tener a su **chichí** allá en el campo, no entre un burro y un buey (ya que eran pobres y no tenían más bestia que la chancha que le mercaron a **Ño Hilario**), pero sí entre los suyos y entre las garrapatas, los piojos y las niguas. Así al menos podría tener el gusto de roscarse.

Destino hubo de ser porque parece que todo se juntó aquella mañana para que le ocurriera la desgracia. Y ni aun así, pues lo acertado hubiera sido quedarse para ayudar al hermanito; pero en cambio, de puro miedo de que su **tata** la matara, no hizo más que correr hasta llegar al poblado ya bien oscuro. Menos mal que a aquella buena señora (¿Cómo es que se llamaba? **Ña Inacia**), que vendía sus **frituras** en el portal, compadecida de verla allí pegada a un horcón llora que llora, se le ablandó la entraña (¡Bendito sea el Santísimo!) y le dio de comer café y tortillas.

Prefirió no decirle ni una sola palabra de su percance. Esa noche fregó los trastos y se puso contenta cuando **Ña Inacia** la invitó a acompañarla. Como perra **calunga** fue siguiendo tras ella hasta un ranchito enclenque e íngrimo al otro lado del llano. La humedad de la hierba le refrescó los pies. Iba a llover. La luna se nubló. Había luciérnagas.

Los días siguientes se mostró servicial en el negocio y supo atender a la clientela con tal esmero, que **Ña Inacia** le mercó muda nueva y la

enseñó a estar aseada y peinadita, con las patitas limpias y su flor en el pelo "para que no dijeran".

Los hombres la encontraban bonita y, por si acaso, tiraban el anzuelo, pidiendo esto y aquello: "Otra presita, mi amor". "Un cafecito". ¡Bien que se relamían!

Una noche, terminado el trajín, Ulalia se disponía a fregar los trastos cuando escuchó el rasguear de una guitarra y un penceo de canción que se acercaba clavando angustias en el llano.

Ñe Inacia paró el oído y dijo:

—Es Bilo Mayo, el de la radio. Canta la mar de bien. Es como un ángel.

A Ulalia ya le era familiar aquella voz, pues la oía cada noche cuando ponían la radio de la cantina.

Se aproximó a la fonda con su guitarra. Lo acompañaba uno gordito.

—¿Qué tal, Hermenegildo? — dijo Ñe Inacia.

El aludido les anunció orgulloso:

—¡Aquí les traigo al famoso Bilo Mayo!

El ángel, que estaba bien jumado, se apoyó en un horcón y, sin dejar de mirarla, siguió toca que toca que daba gusto oírlo.

Hermenegildo se sentó a la jineta en un taburete y ordenó para ambos café y tortillas.

Aun hartos de eso y otras postas querían seguir chupando, pero ya habían cerrado la cantina. Ñe Inacia, que estaba vuelta dengues con el gordito, les confió muy a la chita callando, que ella tenía en su rancho una botella de seco cimarrón.

Esa noche la luna estaba alegre y no tan triste como la que brillaba cuando cruzó por vez primerá aquel llano.

A medida que el seco se adentraba en la sangre, ¡misericordia!

A Hermenegildo y a Ñe Inacia dejó de verlos y aun de oírlos, pues se fueron al rancho y apagaron las risas.

La embriagó, más que el guero, la hamaca de canciones en que la iba arrullando Bilo Mayo.

Huérfana de cariño, se le aguaron los ojos y se deshizo en lágrimas.

Le tuvo que explicar a Bilo Mayo que si lloraba era porque le habría gustado ser para él una niña, pero....

(¡Vaya suerte mangaja la de los pobres!).

Fue entonces cuando le oyó decir aquello de "la fruta temprana desprendida a destiempo de la rama".

Y claro, el muy ladino no dejó ni las cáscaras.

Un día le fue saliendo con aquello de que debía volver a su trabajo.

Desde entonces sólo siguió escuchando su voz noche tras noche a través de la radio de la cantina. Sentirlo así, sin verlo y sin tocarlo, era para ella como besar el aire.

Sentíase tan enferma, que al explicarle **Ña Inacia** lo del niño, se le aflojó la cuerda de la esperanza y se fue en llanto.

—Pero no te preocupes —le dijo ella, animándola—. Yo haré que Hermenegildo le escriba a Bilo Mayo. Cuando él sepa que vas a ser la madre de su hijo, vendrá a buscarte; si es que no se hace el **no-mos-deje**.

Las cartas no surtieron efecto.

Hermenegildo logró comunicarse telefónicamente con la emisora. Le dijeron que Bilo Mayo se había dado a la farra cuando supo que iba a tener un hijo.

Una mañana, mientras regaba **Ulalia** una hortaliza que tenían tras el rancho, se le acercó **Ña Inacia** en actitud misteriosa:

—Te busca un policía. Seguramente es que tu **tata** ha sabido que estás encinta, y a lo mejor puso el denuncia. Ahora, ¿qué hacemos?

Ulalia miró hacia todos lados dispuesta a huir. Frente a ella se extendía el llano inmenso. No se sintió con fuerzas para cruzarlo tan de prisa como para que el **neco** no la alcanzase.

—Lo que me extraña —dijo **Ña Inacia**— es que este policía no me parece de los de acá. Nunca lo he visto.

—¿Cómo es?

—Bien zambo y grande. Puede que sea de la ciudad. ¿Vendrá a buscarte por cuenta del cantante? ¿Qué tiene que así sea?

—No, **Ña Inacia** —le contestó asustada, al ver que el tipo avanzaba hacia ellas— Este es el hombre que me perjudicó.

Cualquier ligero intento de fuga habría sido inútil. El venía acercándose a través de la huerta, pisando los sembrados, sin importarle un pito, con los enormes boticones de cuero crudo. Sus espuelas iban marcando el tiempo.

—Vengo a buscarte —dijo de modo autoritario— porque he sabido que estás encinta y yo no quiero que un hijo mío nazca sin padre.

Aun sabiendo que el hijo era del otro, quedó sin habla y temblequeando como una hojita al viento.

Ña Inacia se encaró con el hombre.

¿Con qué derecho dice que ese hijo es suyo?

Los ojos del mulato brillaron. Ulalia le vio en la mano el látigo y pensó: "Si se entera de lo de Bilo Mayo, me entra a foetazos y me mata".

—¡Sí! —mintió—. Usté es el tata; pero ansina nomás y tan a priesa no pueo dirme.

—Bueno —aceptó—. Esta noche vengo por tí. ¿Entendido?

Ulalia reclinó la cabeza.

—Ta güeno.

Al poco rato lo vio que iba a galope cruzando el llano.

Ña Inacia se había quedado como en ascuas. Ulalia le explicó punto por punto lo que le había ocurrido "con ese zambo del demonio".

Esa mañana se había tenido que quedar en el rancho cuidando a su hermanito que estaba muy enfermo con unas calenturas que lo tenían sediento y sofocado. Pedía más y más agua. Salió a buscarla al pozo y allí estaba sentado el policia. Ella, al verlo, se asustó, pues era enorme, y los ojos los tenía como brasas. Le dijo haber estado rastreando toda la noche en busca de un asesino. Se había bebido más de un litro de guero, y estaba con la sangre hecha un fogón. Tenía sed. Le dio agua. La bebió. Pidió más. Mientras ella se disponía a servírsela, le preguntó:

—¿Y tu gente?

De puro ingenua, Ulalia le informó que tu tata y su mama y su otro hermano se habían ido a recoger la cosecha que en total ni era mucha.

El preguntó si estaba lejos el monte.

—Sí —dijo ella—. Bien olejao. Por acá han de escorá cuando escurezca.

Volvió a llenarle la **tetuma**.

El insistió:

—¿Y por estos contornos vive alguien más?

Ella, de gran babosa, va y le confiesa:

—Naide.

Se levantó. Le dijo:

—De manera que si estás en peligro, ninguno oye tus gritos ¿no es así?

Ulalia, al verle los ojos se dio cuenta de lo que él pretendía y echó a correr, pero (¡Ay, mamita!) no pudo defenderse. Aquel canalla satisfizo su antojo, se sacudió como las bestias y se largó a caballo. Su hermanito gritaba pidiendo agua. Se la dio. Fue calmándose. Ella debió haberse quedado junto a él para cuidarlo, pero pensó en que el **tata** la mataría al saberlo y tuvo miedo. Por eso echó a correr como alma que lleva el diablo hasta llegar al portal donde **Ña Inacia** le dio café y tortillas.

—¿Y dime, **Bilo Mayo** está enterado de todo? —le preguntó **Ña Inacia**.

¿Cómo no lo iba a estar? Precisamente fue la sinceridad de **Ulalia** lo que mas lo sedujo. Decía qué estaba asqueado de las mujeres insinceras de la urbe. Quería un hijo nacido de la tierra, del vientre de una chola con sangre vegetal en las venas, un hijo sano, fuerte, con sabor y olor de barro y campo. Por eso **Ulalia** necesitaba escapar del policía, de lo contrario ¿cómo salvar a su hijo? Debía **juir**, **juir**. (¡Bendito Dios!) Pero, ¿cómo? ¿Dónde hallar el dinero para su viaje?

Las palabras se le enredan en los dientes y las echaba afuera escupiéndolas.

La ahogaba el llanto.

—¡Zambo der diablo, puñetero!

Ña Inacia la abrazó.

—No seas sonsa.

Y esa misma mañana la embarcó en la primera camioneta que hacía viaje a la capital.

Todo el trayecto lo hizo a lomos del **cuando-llegaremos**, mientras bebía paisajes en oleadas de alambres, postes, árboles... reses, puentes,

palabras.... nubes, pájaros, flores.... Y soñaba despierta, mezclando a esas imágenes la voz de Bilo Mayo, la luna, las luciérnagas, el seco cimarrón, las canciones, y el hijo, el hijo, el hijo....

Más tarde, en la ciudad, quedó aterrada frente al ciclón de luces y de ruidos. (¡Ave María Purísima!)

—¿Llegamos?

—¡Cuidate bien, cholita!

Y anduvo, atando cales con las patas al suelo, buscando una esperanza con su ingenua ansiedad a flor de labio.

—Pregunta en la emisora — le decían.

¿Cómo ir?

Alguien, compadecido, consultó por teléfono y le dio un dato exacto:

—Dicen que diariamente va a un nite-club, aquí cerca. Tienes que andar buen trecho, por esta misma acera, hasta que encuentres un gran letrero luminoso.

Ni se había dado cuenta de que ya estaba oscureciendo (¡Dios del Cielo!)

A pie y a pata como la garrapota se fue acercando al río de luces; pero cuando llegó a la orilla opuesta quedó en suspenso y sin resuello. Ni por el diablo que se atrevió a cruzarlo. Con tanto carro suelto, ni Dios lo quiera. Fue entonces cuando sonó en el cabaret aquella música que parecía de radio. Ella, animada por la ingenua sospecha de que allí estaba su ángel, se persignó asustada y, de una sola estampida, cruzó la calle entre un infierno de bocinazos e improperios.

Hizo el intento de penetrar en el recinto del bar, pero, descalza como andaba y con su aspecto de chiquilla inocente, despertó los escrúpulos de uno de los meseros:

—¿Adónde vas, cholita? Tú eres aun menor de edad. ¿Acaso quieres buscarnos líos con la policía?

Ella arguyó que andaba en busca de Bilo Mayo para darle una razón de su familia.

—A cada rato le envían mensajes; pero él con ese cuento de que ha tenido un hijo....

—¡Qué va, señor! ¡No es cierto!

—¡Ah, no! ¿Y entonces?

—Todavía falta mucho.

—De manera que sólo por saber que va a ser padre se emborracha casi todas las noches y hasta arma escándalos desde hace unas semanas.... ¡Qué idiota! Yo ni llevo la cuenta de los hijos que tengo.... Bueno, basta de charlo.... Si quieres esperarlo, allá tú; pero eso sí, ponte bien lejos de esta puerta. No nos busques problemas con los radiopatrullas. Quédate allá en la acera de enfrente.

Hizo como le dijo el camarero.

Atravesó de nuevo la balumba de ruedas, y apenas puso el pie en la otra orilla, sintió que se le abría el apetito. Su olfato le hizo notar, allí en la esquina, una fonda que ni la de **Ñe Inacia**. ¡Vendían frituras y una porción de cosas que eran como para chuparse los dedos! Una mujer freía en ese momento pescado. Las presas fritas iban saliendo de la paila chisporroteantes y olorosas. ¡Madre del Verbo! En todo el día no había probado ni jota. ¿Con qué plata? Tal era su gozusa, que se veía a sí misma devorando todas las postas. Un muchachito, de esos que venden los periódicos, compra una presa y le metió el diente con tal gana que a ello se le hizo agua la boca. ¡Una presita, mi amor! ¡Un cafecito!).

Fue entonces cuando, de pronto vió, a su lado aquel agente del orden. (¿Qué querría?) Mostraba un censo de muy pocos amigos y era más prieto que Mondinga.

—¿Qué haces tú por aquí?

Tenía unos ojos que no indicaban nada bueno. **Ulalia**, al vérselos, recordó al otro zambo. ¡Virgen de los Dolores!) Le entró tal tembladera que no pudo ni articular palabra. Mirándolo, asustada, hasta los nervios le dieron por reírse.

—¡Cholita sinvergüenza! —le dijo, remeciéndola por un brazo—. Bien sabes que éste es el barrio de las mujeres malas. Una menor como tú no debe andar de noche por estos lados. ¡Yo te voy a enseñar!

Y la hizo entrar en un zaguán bien oscuro.

Lo que intentó enseñarle, ya **Ulalia** lo sabía; lo había aprendido con el otro zopenco; por eso corcoveó con tal brío que echó por tierras unos tinacos. La pestilencia de la basura derramada le provocó enseguida náuseas.

—!Deja tranquila a la muchacha! — dijo una voz de trueno.

El abnegado custodio de la Ley soltó su presa.

Liberada de su brutal presión, **Ulalia** se limpió con el brazo el unto de su sudor hediondo y pegajoso.

Notó entre el centelleo de sus lágrimas, que su liberadora era una mujerona bien gorda con un tabaco entre los labios.

El agente del orden quedó confuso, se notaba que frente a aquella gorda no las tenía todas consigo.

—¿Qué pretendías hacer con la chiquilla? ¿Quieres que te denuncie por sátiro? ¿No ves que es una niña?

—Por eso mismo no debe andar de noche por este barrio. Le dije que se fuera y no hizo más que reirse.

—Con todo y eso, tu manera de alejarlo del vicio no parecía la más adecuada. ¿Crees que no te conozco? Ten cuidado, porque si te denuncio no sólo hago que te quiten la placa sino que hasta te metan en la reja. Si estás tan apurado, anda allá adentro y regodeate a tus anchas. Si te apetece, puedes echarte un trago. Yo corro con la cuenta.

El agente respiró a pulmón lleno; miró hacia un lado y otro por si alguien lo observaba, y entró en la casa.

Tranquilizada por la gorda, **Ulalia** le habló de Bilo Mayo.

—Yo lo conozco bien —dijo ésta—. Es cliente asiduo de ese bar de allí enfrente. Ya no debe tardar. No te preocupes. Llega siempre cantando.

Con tal habilidad fue sonsacándole sus íntimos secretos, que **Ulalia** le confió lo del hijo cuyo anunciado advenimiento era la causa de las continuas farras de Bilo Mayo.

—Yo no quiero que te desilusiones —le aconsejó la gorda—; pero mejor es que te olvides de tu cantante. Eres muy joven y estás desamparada en esta ciudad llena de vicios y tentaciones. Lo más sensato es que te quedes conmigo. Tendrás de todo: cama, comida, ropa. Lo que tú quieras. Como eres todavía menor de edad, simularemos que eres ahijada mía o sobrina. De esa manera no habrá ningún trastono con las autoridades. Verás qué dineral ganaremos cuando mis clientes sepan que en la casa tenemos una chiquilla tan graciosa.

(**Na Inacia** le había dicho que tuviera cuidado; que jamás se acercara a ciertos sitios, pues a varias muchachitas del pueblo, engatusándolas, las habían convertido en mujeres de la vida.)

La Gorda la tenía apersogada que ni a novilla errática e iba nor-teándola con rumbo hacia la casa, cuando de pronto, como cosa del cielo, oyó en el aire la voz de Bilo Mayo.

—¡Es él! —gritó, zafándosele—. ¡¡¡Es él!!!

Pero **la Gorda**, sin darse por vencida, logró asirla de nuevo con rapidez de boa y, acariciándola, le dijo tiernamente:

—No te alteres, chiquilla, que él no se va a escapar. Mejor escúchame lo que voy a decirte. Si acaso tienes una desilusión con ese tipo; si de pronto te encuentras sin amparo, sin comida y sin cama en que dormir, no te olvides que aquí sigo esperándote. Recuerda bien el sitio. Es en la esquina donde venden frituras.

Libre de su presión, **Ulalia** cruzó de reguilete la calle y entró de un solo envión en la cantina, gritando como loca:

—¡Bilo Mayo! ¡Mi ángel!

El, extrañado, la apartó con desgano, frunciendo el entrecejo. ¿Sería por los efectos del **guaro** o porque ya no la recordaba?

Más interés mostraron dos perencejos futres que bebían con el **ángel**.

El más trigueño dijo:

—¡Qué cholita más linda! ¿De dónde la sacaste?

El otro, que era un pecoso de pelo amelcochado, la tanteó con los ojos e hizo una mueca.

Bilo Mayo entendió, pues la condujo del brazo hasta la puerta, diciéndole:

—Tú eres menor de edad. Mejor espérame aquí afuera.

Como **Ulalia** no los perdía de vista, notó que cuchicheaban y hacían guiños que sin lugar a dudas se referían a ella.

Pagaron y salieron.

Ulalia imaginaba que su **ángel** despediría a los otros para quedarse a solas conversando de tantas cosas y de tantos recuerdos, pero el plan era otro pues la hicieron subir en un auto que estaba allí junto a la acera.

Desde la esquina donde vendían frituras, **la gorda** le hacía señas. **Ulalia** hubiera dado su vida por evitar que Bilo Mayo se diera cuenta de que había estado en tratos con esa tipa; pero al fin y al cabo sentíase tan feliz, que le hizo un saludito a **la gorda** por pura educación y a escondidas de su **ángel**. El diablo del **pecoso** sí se dió cuenta y se sonrió maliciosamente. ¿Por qué?

Arrancaron. **Ulalia** iba detrás con su hombre; los otros dos, delante. Manejaba el **pecoso**. (Después supo que era el dueño del auto.)

A Bilo Mayo le dió la borrachera por abrazarla delante de los dos perencejos. Menos mal que, aun con la juma que cargaba, se mantuvo en la línea, sin proponerse. ¡Qué habrían dicho los otros!

Se sentía tan segura junto a él y estaba tan cansada, que se quedó dormida en sus brazos.

La despertó de pronto el gran silencio que se produjo al detenerse el motor del automóvil, pero era tal su agotamiento, que no logró des-pabilarse del todo. Bilo Mayo y los otros dos bajaron del carro dizque porque iban a tomarse el arranque. Por la brisa y los pájaros, Ulalia se dió cuenta de que ya amanecía y de que estaban lejos de la ciudad, en el monte, en un rincón solitario sombreado de árboles.

Bilo Mayo se le arrimó mimoso y le dio un beso; le dijo que él la quería muchísimo, que estaba muy contento con ella, que le pondría una casa en la ciudad y patatín patatán; pero que todo eso requería harto dinero y que esos tipos eran hijos de políticos influyentes que le darían sepa Dios qué contratos y sepa Dios qué puestos; él iba a ser muy rico y patatín patatán.... En fin de cuentas, que Ulalia tenía que estar un rato allí en el monte con los dos perencejos.

A Ulalia se le escapó un sollozo. ¿Cómo, si él la quería, podía exponerla a tales cosas?

Bilo Mayo insitía:

—Tienes que hacerlo por la dicha que nos espera en nuestra casa donde seremos muy felices con varios hijos. Tienes que comprender que es necesario; no hay otra solución, pues si te niegas, estos canallas te forzarían a nacerlo de todos modos y me sería difícil defenderte ya que estamos en un paraje solitaria. Si en cambio accedes, me rendirás el más enorme servicio.

No tuvo más remedio que someterse.

Camino de regreso, el sol les puso tres máscaras biliosas.

Nadie chistaba una palabra.

Bilo Mayo parecía fastidiado. Ulalia creyó verle en el rostro el enorme asco que le causaba todo aquello. Sin embargo, se preguntaba a sí misma si le era posible seguir queriendo a un miserable como él. Dentro de ella chocaban los más contradictorios impulsos. Sabía que toda buena mujer debe sacrificarse por su hombre y por sus hijos, máxime aun si lo ocurrido fue con la aprobación de Bilo Mayo. ¿Por qué angustiarse, pues, si desde allí en adelante iba a sentirse feliz en la casita que él acababa de ofrecerle?

Se le aguaron los ojos, de la ternura; pero sentíase tan cansada que se quedó dormida.

La despertó el frenazo del auto al detenerse frente a un pequeño restaurante de chinos.

—Comamos algo — dijo el pecoso.

Tan intensa era su hambre, que aquella invitación fue para **Ulalia** lo más grato que había escuchado en toda su vida. Llena de júbilo se disponía a salir del auto, cuando el trigueño la detuvo groseramente:

—¡Tú no! Mejor no bajas. Agáchate para que no te vean con nosotros. Eres menor de edad, y si la prensa de oposición se entera podría formarnos un bochínche.

Ulalia obedeció sin chistar, ¿qué iba a hacer? Bilo Mayo ni dió señales de protesta. Sus razones tendría. ¡Pobrecito! Tal vez la falta de dinero.... Prefirió conformarse con la idea de que su ángel le traería una presita.

Pero aun esta esperanza resultó vana.

Regresaron limpiándose los dientes.

Para ella, ni los huesos.

Arrancaron de nuevo muy satisfechos y orondos.

El pecoso, que iba al volante como siempre, dijo de pronto:

—Ahora que el auto pase junto a ese cabaret donde la hallamos, hay que echarla. No la podemos lucir por la ciudad. Sería un escándalo.

Ulalia se le quedó mirando a Bilo Mayo sin comprender exactamente lo que aquel hombre había querido indicar.

Bilo hizo un gesto vago como diciendo: "Yo no puedo hacer nada. El carro es de él".

Ulalia creyó al fin comprender que lo que el tipo imaginaba era que por haberla visto saludar a la gorda.... ¡Claro!

¿Cómo explicarles la verdad? ¿Cómo advertirles que ella no era una de esas? Tal vez por ello la ultrajaron. Todo hacía suponer que Bilo Mayo no los había puesto al corriente de la verdad. **Ulalia** no lo podía creer. No era posible. Sentado allí a su lado, Bilo Mayo parecía indiferente. Tenía que haber alguna fuerte razón para que él, aun estando tan contento con lo de su hijo, se comportara de una manera tan indigna. Todo su mundo de ilusiones ya comenzaba a derrumbarse, cuando al mirarlo de

rejo, le nató en el semblante tal angustia, que resolvió salvarlo del trance:

—No te preocupes —le dijo—. Si él no quiere llevarnos, no importa. Podemos seguir a pie o en otro auto.

El la aferró por ambos hombros y enfrentándose con ella le declaró cínicamente:

—Lo mejor es que no sigas haciéndote ilusiones y vayas comenzando a olvidarte de aquello que sucedió en el llano bajo la luna.

Ya estaban acercándose al enorme letrero del cabaret.

—Que se prepare a bajar —dijo el pecoso—. Le daré sólo el tiempo necesario.

Bilo Mayo siguió mortificándola:

—Mejor es que regreses al campo. Yo aquí no puedo mantenerte.

—¿Y nuestro hijo? —dijo ella.

—¡No seas ilusa! —repuso él—. Todo eso, olvídalo. Puros castillos en el aire. No pienses en el hijo que pudimos haber tenido. No tenerlo es lo mejor para tí.

—¿Por qué? —dijo ella, sollozando.

—Porque hace unas semanas —contestó él— mi esposa, mi verdadera esposa, a quien venero y respeto, me dió un hijo que es un primor. Por lo alegría que me ha causado al tenerlo, llevo varias semanas parrandeando. Por eso es preferible que regreses a tu campo. No pienses más en mí. No seas tonta.

Ulalia sintió que el aire le faltaba. Se estaba ahogando. Se le vino a la boca la emoción como un golpe de sangre.

Quiso gritar y el grito se le enredó en los dientes vuelto sollozo.

Ya el auto deteníase. Abrió la puerta dispuesta a echarse abajo.

Frenaron el motor lo imprescindible para que descendiese, y arrancaron de nuevo tan bruscamente que ella cayó de bruces en el suelo.

Se quedó allí sentada sobre sus propias pantorrillas y se llevó a la cara bañana en lágrimas sus manos sucias del polvo de la calle.

Seguramente pintarrojeóse toda como una máscara, pues oyó unas risitas sarcásticas. Eran varios chiquillos que por creerla loca o borracha, ya comenzaban a burlarse.

Se levantó. Echó a andar. ¿Dónde ir ahora? ¿Cómo iba a regresar a su pueblo si no tenía ni medio en la faldriquera? Y aun pudiendo volver, ¿no la esperaban allá el policía o su tata para matarla a palos?

De repente, todos los poros de su cuerpo, como los de una perra hambrienta, sintieron el olor del pescado. Vio que aun seguía en la esquina la mujer frente a su olla. Recordó la promesa que le había hecho la gorda: "Tendrás cama y comida. Comerás lo que quieras". Comer, era preciso comer a toda costa, pues algo en lo más hondo de su ser le decía que, ante todo y por todo, lo imperioso era su hambre, porque su hambre lo era también del niño que, dentro de ella, se rebelaba exigiendo su derecho a la vida. Por eso echó a correr como una loca, para caer cuanto antes en brazos de la gorda, ya que ella le ofrecía lo que la vida le había negado avará.

La casa de la gorda fue para Uialia como un amable asilo de redención donde encontró no sólo paz y bienestar sino además la cuna común en que su niño duerme plácidamente, no como Tata Dios entre una mula y un buey, pero sí entre canciones y burbujitas de hipo.

Panamá, Febrero, 1963.